

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XLIV. Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

porque como sentia lo poco que le faltava para poner las plantas en la tierra, fatigavase, y estiravase quanto podia por alcanzar al suelo: Bien assi como los que estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

C A P I T U L O XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efeto fueron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido a ver quien tales gritos dava, y los que estaban fuera hizieron lo mismo. Maritornes que ya avia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a Don Quixote sostenia, y el dió luego en el suelo a vista del ventero, y de los caminantes, que, llegando a el, le preguntaron: Que tenia, que tales voces dava? El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rozinante, embrazó su adarga, enristró el lançon, y tomando buena parte del campo, bolvió a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere, que yo he sido con justo titulo encantado (como mi señora la Princesa Micomicona me de licencia para ello) yo le desmiento, reto y desafío a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos Caminantes de
las

las palabras de Don Quixote ; pero el ventero les quitò de aquella admiracion, dizièndoles, que era Don Quixote, y que no avia que hazer caso dèl, porque estàva fuera de juyzio. Preguntàronle al ventero, si à caso avia llegado à aquella venta un muchacho de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que trayà el amante de Doña Clara. El ventero respondiò, que avia tanta gente en la venta, que no avia echado de ver en el que preguntàvan. Pero aviendo visto uno dellos el coche, donde avia venido el Oydor, dixo : Aqui deve de estar sin duda, porque este es el coche que el, dizen, que sigue. Quèdese uno de nosotros à la puerta, y entren los demas à buscarle ; y aun serìa bien, que uno de nosotros rodeàsse toda la venta, porque no se fuèsse por las bardas de los corrales. Assi se harà, respondiò uno dellos, y entràndose los dos dentro, uno se quedò à la puerta, y el otro se fuè à rodear la venta : Todo lo qual veya el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyò, que buscàvan aquel moço, cuyas señas le avian dado. Ya à esta fazon aclaràva el dia, y assi por esto, como por el ruydo que Don Quixote avia hecho, estàvan todos despièrtos, y se levantàvan, especialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con el Sobresalto de tener tan cerca à su amante, y la otra con el deseò de verle, avian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que viò, que ninguno de los quatro caminantes hazia caso dèl, ni le respondian à su demanda, moria y rabiàva de despecho, y saña ; y si el hallàra en las Ordenanças de su cavalleria, que lícitamente podia el cavallero

vallero andante tomar armas, y emprender otra empresa, aviendo dado su palabra y fè de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que avia prometido, el embistièra con todos, y les hizièra responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien començar nueva empresa, hasta poner à Micomicona en su Reyno, huvò de callar y estarse quedo, esperando à ver en que paràvan las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales hallò al mancebo, que buscàva, durmiendo al lado de un moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscàsse, ni menos de que le hallàsse. El hombre le travò del brazo, y le dixo: Por cierto, Señor Don Luys, que responde bien à quien vos soys el habito que tenèys; y que dize bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os criò. Limpiòse el moço los soñolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conociò que era criado de su padre, de que recibìò tal sobrefalto, que no acertò, ò no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado profiguiò, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, Señor Don Luys, sino prestar paciencia, y dar la buelta à casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre y mi señor la dè al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supò mi padre, dixo Don Luys, que yo venìa este camino, y en este trage? Un estudiante, respondiò el criado, à quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fuè el que lo descubriò, movido à lastima de las que viò que hazia vuestro padre, al punto que os echò menos; y assi despachò à quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estàmos

tamos aqui à vuestro servicio mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevàndoos à los ojos que tanto os quieren. Eſſo serà como yo quisiere, ò como el Cielo lo ordenare, respondiò Don Luys. Que avèys de querer, ò que ha de ordenar el Cielo, fuera de consentir en bolvèros, dixo el criado, porque no ha de ser possible otra cosa?

TODAS estas razones que entre los dos pasàvan, oyò el moço de mulas, junto à quien Don Luys estàva; y levantàndose de alli, fuè à dezir lo que pasàva à Don Fernando y à Cardenio, y à los demàs que ya vestido se avian; à los quales dixo, como aquel hombre llamàva de Don à aquel muchacho, y las razones que pasàvan, y como le querìa bolver à casa de su padre, y el moço no querìa: Y con esto, y con lo que del sabian de la buena voz que el Cielo le avia dado, vinièron todos en gran deseò de saber mas particularmente, quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerça le quisièssen hazer; y assi se fuèron hàzia la parte donde aun estàva hablando, y porfiando con su criado. Salìa en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea à Cardenio à parte, le contò en breves razones la historia del musico, y de doña Clara, à quien el tambien dixo lo que pasàva de la venida à buscarle los criados de su padre; y no se lo dixo tan callando, que lo dexàſſe de oyr Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegàra à tenerla, dièra consigo en el suelo. Cardenio dixo à Dorotea, que se bolvièssen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estàvan todos los quatro, que

TOM. II,

I i

venian



venian à buscar à Don Luys, dentro de la venta, y rodeàdos dèl, persuadièndole, que luego sin detenerse un punto, bolvièsse à consolar à su padre. El respondiò, que en ninguna manera lo podia hazer, hasta dar fin à un negocio en que le iva la vida, la honra y el alma. Apretàronle entonces los criados, dizièndole, que en ningun modo bolverian sin el, y que lo llevarian, quisièsse, ò no quisièsse. Estdio no harèys vosotros, replicò Don Luys, fino es llevàndome muerto; aunque de qualquiera manera que me llevèys, ferà llevàrme sin vida. Ya à esta fazon avian acudido à la porfia todos los mas que en la venta estàvan, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que ya le pareciò que no avia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como aquel que ya sabia la historia del moço, preguntò à los que llevarle querian, que que les movia à querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muèvenos, respondiò uno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste Cavallero queda à peligro de perdella. A esto dixo Don Luys: No ay para que se dè cuenta aqui de mis cosas: Yo soy libre, y bolverè si quiero, y me dière gusto; y fino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Haràsela à vuestra merced la razon, respondiò el hombre, y quando ella no bastàre con vuestra merced, bastarà con nosotros para hazer à lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepàmos, que es esto, de rayz, dixo à este tiempo el Oydor. Pero el hombre, que le conociò como vezino de su casa, respondiò: No conoce vuestra merced, señor Oydor à este cavallero, que es el hijo de su vezino,

vezino, el qual se ha aufentado de casa de su padre en el habito tan indecente à su calidad como vuestra merced puede ver? Miròle entonces el Oydor mas atentamente, y conociòle, y abraçàndole, dixo: Que niñerías son estas, Señor Don Luys? O que causas tan poderosas, que os ayan movido à venir desta manera, y en este trage, que dize tan mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinièron las lagrimas à los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor: El qual dixo à los quatro, que se foflegàssen, que todo se harìa bien; y tomando por la mano à Don Luys, le apartò à una parte, y le preguntò, que venida avia sido aquella? En tanto que le hazìa estas y otras preguntas, oyèron grandes voces à la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes, que aquella noche avian alojado en ella, viendo à toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscàvan, avian intentado irse sin pagar lo que devian: Mas el ventero, que atendia mas à su negocio, que à los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidiò su paga, y les asè su mala intencion con tales palabras, que les moviò à que le respondièssen con los puños; y assi le començaron à dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no vièron à otro mas desocupado para poder socorrerle que à Don Quixote, à quien la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, seño cavallero, por la virtud que Dios le diò, à mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como à cibera. A lo qual le respondiò Don Quixote muy de espacio y con mucha flema: fermosa donzella, no hà lugar por aora vuestra peticion,

I i 2

porque



porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima à una en que mi palabra me ha puesto: Mas lo que yo podrè hazer por ferviros, es lo que aora dirè: Corred y dezid à vuestro padre que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexè vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princesa Micomicona para poder focorrerle en su cuyta; que si ella me la dà, tened por cierto, que yo le facarè della. Pecadora de mi, dixo à esto Maritornes que estàva delante, primero que vuestra merced alcance essa licencia que dize, estarà ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondiò Don Quixote, que como yo la tenga, poco harà al caso, que estè en el otro mundo, que de alli le facarè à pefar del mismo mundo que lo contradiga; ò por lo menos os darè tal vengança de los que allà le huvièren embiàdo, que quedèys mas que medianamente fatisfechas. Y sin dezir mas se fuè à poner de hinojos ante Dorotea, pidièndole con palabras cavallerosas, y andantescas, que la su grandeza fuèsse fervida, de darle licencia de acorrer y focorrer al castellano de aquel castillo, que estàva puesto en una grave mengua. La Princesa se la diò de buen talante; y el luego, abraçando su adarga, y poniendo mano à su espada, acudiò à la puerta de la venta, à donde aun toda via trayan los dos huespedes à mal traer al ventero; pero assi como llegò, embaçò, y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le dezian, que en que se detenia, que focorrièsse à su señor y marido. Detèngome, dixo Don Quixote, porque no me es licito poner mano à la espada contra gente escuderil; pero llamadme

madme aqui à mi escudero Sancho, que à el toca y atañe esta defenfa y vengança. Esto passava en la puerta de la venta, y en ella andavan las puñadas y moxicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperavan de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo passava su marido, señor, y padre. Pero dexèmosle aqui, que no faltará quien le socorra, ò fino, sufra, y calle el que se atreve à mas de lo que sus fuerças le prometen; y bolvamos atrás cinquenta passos à ver, que fuè lo que Don Luys respondiò al Oydor, que le dexamos à parte, preguntándole la causa de su venida à pie, y de tan vil trage vestido.

A lo qual el moço, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretava el coraçon, y derramando làgrimas en abundancia, le dixo: señor mio, yo no sè deziros otra cosa, fino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo vièsse à mi señora Doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuèsse, como la saëta al blanco, ò como el marinero al norte. Ella no sabe de mis desèos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabèys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: Si os parece que estas son partes para que os aventurèys à hazèrme en todo venturoso, recibidme luego
por

por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Callò, en diziendo esto el enamorado mancebo; y el Oydor quedò en oyrle suspenso, confuso, y admirado, assi de aver oydo el modo y la discrecion con que Don Luys le avia descubierto su pensamiento, como de verse en punto, que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio; y assi no respondiò otra cosa, sino que se fosegasse por entonces, y entretuvièssè à sus criados, que por aquel dia no le bolvièssen, porque se tuvièssè tiempo para considerar lo que mejor à todos estuvièssè. Besòle las manos por fuerça Don Luys, y aun se las bañò con làgrimas: Cosa que pudièra enternecer un coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya avia conocido, quan bien le estava à su hija aquel matrimonio: Puesto que si fuèra possible, lo quisièra efectuar con voluntad del padre de Don Luys, del qual sabia, que pretendia hazer de título à su hijo.

YA à esta fazon estava en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le avian pagado todo lo que el quiso; y los criados de Don Luys aguardavan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo: Quando el demonio, que no duerme, ordenò, que en aquel mesmo punto entrò en la venta el barbero, à quien Don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno, que trocò con los del suyo: El qual
barbero,

barbero, llevando su jumento à la cavalleriza, viò à Sancho Pança, que estàva adereçando no sè que de la albarda, y assi como la viò, la conociò, y se atreviò à arremeter à Sancho, diciendo: A Don Ladron, que aqui os tengo! Venga mi bazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se viò acometer tan de improviso, y oyò los vituperios que le dezian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra diò un moxicòn al barbero, que le bañò los dientes en fangre: Pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecho en la albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudièron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda, me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondiò Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganò mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estàva Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y tùvole desde alli adelante por hombre de pro; y propùso en su coraçon de armarle cavallero en la primera ocasion que se le ofrecièsse, por parecerle, que serìa en el bien empleada la orden de la cavalleria. Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino à dezir: Señores, assi esta albarda es mia, como la muerte que devo à Dios, y assi la conozco, como si la huvièra parido, y ay està mi asno en el establo, que no me dexarà mentir; sino pruèvensela, y fino le vinière pintiparada, yo quedarè por infame: Y ay mas; que el mismo dia que ella se me quitò, me quitàron tambien una bazia de açòsar nueva, que no se avia estrenado,
que

que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote, sin responder; y poniéndose entre los dos, y apartándolos, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se declarase, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bazia à lo que fuè, es, y será yelmo de Mambrino, al qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del con legitima, y lícita possession. En lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello fabrè dezir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaezes del cavallo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el fuyo: Yo se la di, y el los tomò, y de averse convertido de Jaez en albarda, no fabrè dar otra razon fino es la ordinaria, que como estas transformaciones se ven en los sucesos de la cavalleria: Para confirmacion de lo qual, corre, Sancho hijo, y faca aqui el yelmo, que este buen hombre dize ser bazia. Par diez, señor, dixo Sancho, fino tenemos otra prueba de nuestra intencion, que la que vuestra merced dize, tan bazia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre, albarda. Haz lo que te mando, replicò Don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fuè à dò estava la bazia, ò yelmo de Mambrino, como su amo dezia, y la truxo: Y assi como Don Quixote la viò, la tomò en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes, (con que cara podrá dezir este escudero, que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho? Y juro por la orden de cavalleria que professò, que este yelmo fuè el mismo que yo le quitè, sin aver
añadido





*Jn. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 249.*

*Ger. Vandergucht sculp.
25*